Librado por la fe

ERAN LAS 2:30 de 10 madrugada, una noche de mediados de 2008, cuando alguien dejó un triste mensaje en mi teléfono. Su voz quebrada pedía ayudo casi a gritos, para ser liberado. No buscaba consejos, no quería reproches, solo buscaba una solución.

Durante 25 años vivió víctima de la drogadicción y el alcoholismo. Había asistido a varios programas de rehabilitación, pero sin resultado. Ni su iglesia, ni sus mejores esfuerzos habían podido salvar su matrimonio, ni sacarlo de su lamentable vida de adicto. Entre sus idas y venidas a y de los Estados Unidos, permaneció en Puerto Rico durante varios años. Lejos de su hogar destruido y su deambular por las calles de la gran ciudad de Nueva York, la vida en la isla caribeña parecía más promisoria. Al lado de su sufrida madre y con un trabajo de tiempo parcial, esperaba dejar atrás aquella vida que lo estaba matando. Pero su naturaleza continuaba en él; no podía escapar de su tragedia. En muchas ocasiones, escuchando Radio Adventista, recibía paz momentáneamente. Al poco tiempo volvía a la realidad de fracasos, de sus luchas sin sentido y de su trastornada vida.

Ese día, cuando no le quedaban esperanzas, habiendo perdido todas sus fuerzas, un rayo de luz iluminó su camino. En la radio escuchó palabras que calaron profundo en su ser, y un número telefónico. Pasó todo el día pensando si lo que oyó podría ser verdad. En la madrugada del día siguiente decidió llamar. Nadie contestó, pero dejó su mensaje: "Necesito su ayuda; ya no puedo más; estoy cansado de esta vida; quiero que ore por mí; mi situación es insoportable. No quiero perder mi trabajo porque soy la única ayuda que tiene mi madre. No puedo salir de esta situación; siento demonios dentro de mí que me atormentan. Si es verdad lo que usted predica, por favor, devuélvame la llamada y ayúdeme lo antes posible. ¡Por favor!"

Cerca de las cuatro de la madrugada el Señor me levantó para orar. Después de mi devoción diaria me percaté que tenía un mensaje en el celular. Al escucharlo, supliqué a Dios: "Por favor, dame las palabras adecuadas. Tú conoces el corazón de este hombre. Necesita ayudo urgente. Por favor, sálvalo".

Eran cerca de las siete de la mañana cuando lo llamé. Me identifiqué y supe que su nombre era Reinaldo. Le dije que Jesús era la respuesta a sus problemas. Le aseguré que Dios no lo había pasado por alto y que su vida tenía un propósito. Hablamos por un buen rato. "Rey –finalmente le pregunté–, ¿realmente quieres salir de tu condición?"

–"Con todo mi corazón".

–"¿Crees que Jesús tiene poder para liberarte en este mismo instante?" –pregunté nuevamente.

–"Sí, pastor, yo sé que Él puede" –fue su categórica respuesta.

–"Vamos a orar –le dije tomando su palabra– porque yo sé que mi Dios puede liberarte en esta hora".

Oramos juntos. No recuerdo exactamente qué le pedí al Señor. Solo sentí la fuerte convicción que Él ya había contestado.

–"Reinaldo, Jesús te libró de todas tus ataduras" –le dije al terminar la oración.

–"Gracias pastor –me repitió varias veces.

Le confirmé que Dios estaba con él, y yo también. Que no lo abandonaría. Desde aquel instante su vida cambió. Había encontrado lo que tanta buscaba. Hizo de Cristo su mejor amigo y Dios realizó el milagro.

Comencé a llamarlo todos los días. Lo puse en contacto con el pastor de la localidad donde vivía, y él y su madre estudiaron la Biblia. Después de seis meses de haber conocido a Jesús, tuve el privilegio de bautizarlos a los dos. Fue el momento más feliz de sus vidas. Con lágrimas de gozo nos abrazamos. Solamente podía oírlo decir: "Gracias Jesús, gracias". Yo también estaba agradecido. Ese sábado en la tarde comprendí mejor las palabras del Señor: «Hay gran gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente".

Cierto día, Rey me llamó y me dijo: "Raúl, gracias. Desde el día que oraste por mí, el Señor arrancó de mi vida el viejo hombre. Me presentaste a Jesús, siempre estuviste conmigo, nunca me dejaste solo". Realmente yo no había hecho nada. Simplemente se cumplió la Palabra, que dice: "Al que cree todo le es posible…" "Tu fe te ha salvado".

Ciertamente, Cristo nunca falla.

Ingeniero Raúl Ortiz (pastor laico)
Quebradillas
Misión Puertorriqueña del Norte